

# IV domingo de Pascua

---

Hch 2, 14a. 36-41. Dios lo ha constituido Señor y Mesías.

Sal 22. R. El Señor es mi pastor, nada me falta.

1 Pe 2, 20b-25. Os habéis convertido al pastor de vuestras almas.

Jn 10, 1-10. Yo soy la puerta de las ovejas.

## 1. ¿Qué dice la Palabra?

En la época de Jesús, una de las actividades más importantes era el cuidado de las ovejas, que son animales dóciles, domesticables desde los albores de la humanidad. La oveja da leche y lana. Y en algunos casos se sacrificaba para comer. Por tanto, tener ovejas, era tener un tesoro que hay que cuidar.

Para esto, se construían rediles, muros de piedra, que contenían a las ovejas dentro, a salvo de los depredadores. Esos muros tenían una puerta, por donde salían todas las mañanas y regresaban todas las tardes de pastar. Evidentemente el que no entra por la puerta es un bandido, un ladrón y saqueador. El lobo también salta el muro. Y es lo primero que advierte Jesús.

También, la voz del pastor, es conocida por las ovejas, que lo siguen, porque ellas saben que el pastor las cuida y les brinda protección. A otra persona cuya voz desconozcan no la siguen.

Jesús compara todo con el Reino de los cielos y dice que Él es la única puerta por donde pasarán para entrar en el Reino. Jesús usa para sí mismo el nombre sagrado que Dios le había dado a Moisés y dice: “Yo soy la puerta: quien pasa por mí se salvará”.

Pasar a través de Jesús, son frases que sonarían muy extrañas para los primeros discípulos. Pero hoy entendemos que sólo a través de Jesús es que encontramos la vida verdadera. No como la han venido ofreciendo otros, que sólo mintieron para aprovecharse de las pobres ovejas. Por eso culmina el texto con: “Yo vine para que tengan vida, y la tengan en abundancia”.

## 2. ¿Qué nos dice Dios en la Palabra?

- En el corral de mi vida ¿Cuántas veces han venido ofreciéndome la felicidad de muchas formas? ¿Me dejo tentar por estos que la ofrecen?
- ¿Cuáles son esas falsas formas de felicidad que me cautivan?
- ¿Cómo llegan a mi vida, cómo se presentan estas falsas formas? No debo olvidarme que el demonio se disfraza de angel de luz.
- ¿Cuál es mi relación con la Iglesia, el redil donde yo estoy a salvo? ¿Vivo plenamente la vida de la Iglesia?
- Seguir a Jesús, el buen pastor: ¿qué significa ser seguidor de Jesús? Él no trajo una doctrina, ni una ideología. Él es el Señor de la Vida. El dueño del Tiempo y el Hijo Único de Dios. Ser seguidor del Señor, ¿qué implica? ¿Hasta dónde llega mi compromiso?

- ¿Escucho la voz del Señor para seguirlo? Así como hacen las ovejas. ¿Con qué frecuencia me relaciono con la Sagrada Escritura, para hacer oración, para que influya en mi vida.
- ¿Soy consciente que sólo en Jesús puedo tener vida en abundancia?

### 3. ¿Qué le decimos a Dios?

Gracias Señor por tu Palabra Salvadora. Gracias por ser mi buen pastor. Gracias por cuidarme de los que vienen a asaltar, robar y matar mi alma. Quiero seguirte siempre, dame esa gracia. Que no me aparte de Ti.

El Salmo 23 (22) recoge nuestra oración, lo leemos lentamente:

El Señor es mi pastor, nada me falta:  
 en verdes praderas me hace recostar,  
 me conduce hacia fuentes tranquilas y repara mis fuerzas.

Me guía por el sendero justo, por el honor de su nombre.  
 Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo,  
 porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan.

Preparas una mesa ante mí enfrente de mis enemigos;  
 me unges la cabeza con perfume, y mi copa rebosa.

Tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida,  
 y habitaré en la casa del Señor por años sin término.

### 4. La voz del Papa

Regina Coeli 3/5/2020

**Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!**

El cuarto domingo de Pascua, que celebramos hoy, está dedicado a Jesús el Buen Pastor. El Evangelio nos dice: «las ovejas escuchan su voz; y a sus ovejas las llama una por una» (Juan 10,3). El Señor nos llama por nuestro nombre, nos llama porque nos ama. Pero también dice el Evangelio que hay otras voces que no debemos seguir: las de los extraños, ladrones y salteadores que quieren el mal de las ovejas.

Estas diferentes voces resuenan dentro de nosotros. Está la voz de Dios, que habla amablemente a la conciencia, y está la voz tentadora que conduce al mal. ¿Cómo podemos reconocer la voz del buen Pastor de la del ladrón, cómo podemos distinguir la inspiración de Dios de la sugerencia del maligno? Uno puede aprender a diferenciar estas dos voces: hablan dos idiomas diferentes, es decir, tienen formas opuestas de llegar a nuestros corazones. Hablan diferentes idiomas. Así como sabemos distinguir un idioma de otro, también podemos distinguir la voz de Dios y la voz del Maligno. La voz de Dios nunca obliga: Dios se propone, no se impone. En cambio, la voz maligna seduce, asalta, fuerza: despierta ilusiones deslumbrantes, emociones tentadoras, pero pasajeras. Al principio halaga, nos hace creer que somos todopoderosos, pero luego nos deja vacíos por dentro y nos acusa: “No vales nada”. La voz de Dios, en cambio, nos corrige, con tanta paciencia, pero siempre nos anima, nos consuela: siempre alimenta la esperanza. La voz de Dios es una voz que tiene un horizonte; en cambio, la voz del maligno te pone contra la pared, te arrincona.

Hay otra diferencia. La voz del enemigo nos distrae del presente y quiere que nos centremos en los miedos del futuro o en la tristeza del pasado —el enemigo no quiere el presente—: nos devuelve la amargura, los recuerdos de las injusticias sufridas, de los que nos han hecho daño..., tantos malos recuerdos. En cambio, la voz de Dios habla al

presente: “Ahora puedes hacer el bien, ahora puedes practicar la creatividad del amor, ahora puedes renunciar a los pesares y remordimientos que mantienen tu corazón cautivo”. Nos anima, nos hace avanzar, pero habla al presente: ahora.

Reitero: las dos voces plantean diferentes preguntas en nuestro interior. La que viene de Dios nos dice: “¿Qué es bueno para mí?”. En cambio, el tentador insistirá en otra pregunta: “¿Qué me apetece hacer?”. Qué me apetece: la voz del mal siempre gira en torno al ego, a sus pulsiones, a sus necesidades, al todo y ahora. Es como los caprichos de los niños: todo y ahora. La voz de Dios, en cambio, nunca promete alegría a bajo precio: nos invita a ir más allá de nuestro ego para encontrar el verdadero bien, la paz. Recordemos: el mal nunca nos da paz, causa frenesí primero y deja amargura tras de sí. Así es el estilo del mal.

La voz de Dios y la del tentador, en definitiva, hablan en diferentes “ambientes”: el enemigo prefiere la oscuridad, la falsedad, el chismorreó; por el contrario, el Señor ama la luz del sol, la verdad, la transparencia sincera. El enemigo nos dirá: “Enciértrate en ti mismo, porque nadie te entiende ni te escucha, ino te fíes!”. El bien, contrariamente, nos invita a abrirnos, a ser claros y a confiar en Dios y en los demás. Queridos hermanos y hermanas: en este tiempo, muchos pensamientos y preocupaciones nos llevan a volver a adentrarnos en nosotros mismos. Prestemos atención a las voces que llegan a nuestros corazones. Preguntémonos de dónde vienen. Pidamos la gracia de reconocer y seguir la voz del buen Pastor, que nos saca del redil del egoísmo y nos guía hacia los pastos de la verdadera libertad. Que Nuestra Señora, Madre del Buen Consejo, guíe y acompañe nuestro discernimiento.